

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LA NUEVA POLITICA NORTEAMERICANA EN AFRICA

William Rogers es el primer Secretario de Estado norteamericano que recorre Africa. Lo excepcional del hecho contrasta con la discreción que rodea este periplo, casi únicamente señalado por telegramas de Prensa que dan cuenta de que el incansable viajero se traslada de uno a otro país. Tan inusitada discreción quizá puede explicarse considerando que este viaje no tiene carácter preferentemente político, aun cuando William Rogers lo realiza para exponer a los diversos Gobiernos africanos la política norteamericana en cuanto a Africa al iniciarse una nueva década. Al menos, tal se desprende de las escuetas referencias de discursos o declaraciones de que se tiene noticia.

En realidad, esta política quedó definida por el presidente Nixon en Guam, a finales del pasado julio, con motivo de su viaje al continente asiático. Parecía limitada a Asia, pero puede ampliarse sin inconveniente a Africa. Su meollo es prestar una incrementada ayuda económica y técnica, con exclusión de todo compromiso político, y, por ende, militar. Las manifestaciones de William Rogers en Túnez son prueba de que Washington ha incluido sin vacilar a Africa, singularmente el Africa negra, en la nueva filosofía de la proyección mundial de los Estados Unidos, filosofía que tiende más a estar a las maduras que a las duras. De ahí que el Secretario de Estado norteamericano dijera en Túnez que Africa ya no se le impone a su país como un campo de batalla estratégico, motivo por el que se negaba a todo compromiso político y, singularmente, a toda intromisión en asuntos internos de cualquier país. El apartamiento de Washington del conflicto nigeriano abogaba en favor de la veracidad de su afirmación. Es más, en evitación de equívocos, la ayuda económica y técnica ofrecida, los Estados Unidos la prestarían preferentemente en el marco de acuerdos regionales antes que en el de acuerdos bilaterales. Es de señalar que la fórmula de los acuerdos bilaterales es la adoptada por Francia, con sus antiguas colonias, una Francia nada remisa, de otra parte, en conceder una asistencia militar de la que Washington rehuye.

Pero cualquiera que sea la fórmula acordada por los Estados Unidos y los países interesados, al llegar la hora de convertir en hechos los ofrecimientos destinados al desarrollo del Africa subsahariana, se evidencia que las lecciones de la década 1960-70 han tornado cautos a los Estados Unidos, si bien no fueron ellos los escarmentados, sino los soviéticos y los chinos, pese a su fama de astutos y experimentados en las lides de la propaganda y la

conquista ideológica de los pueblos. En efecto, tanto la U. R. S. S. como China, estimaron que, según sus enseñanzas doctrinales, el Africa recién descolonizada era campo abonado para que floreciera la siembra de su ideología. Pero la teoría tropezó con la realidad de una Africa que, merced a su tradicional indisciplina y en parte en razón de su atraso, no se dejó meter por la vereda marxista-leninista. Y la década iniciada con la revolución del Congo se cierra con el término de la guerra de Nigeria y, entre ambos sucesos, un número impresionante de golpes de Estado, pero con un saldo negativo para los dos países socialistas, por lo menos, hasta el momento, aunque, con suma prudencia, los soviéticos muevan peones en Nigeria y los chinos en Zambia y Tanzania. Lo cual sugiere que, en principio, la nueva forma de interés de los Estados Unidos por Africa, de aplicarse con tacto e inteligencia, tiene posibilidades de prosperar, pero en la medida en que la llamada nueva política sea apolítica.

LA POLITICA MEDIOORIENTAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

Si alguna duda quedara en cuanto a las presiones ejercidas sobre el presidente Nixon para influir en su política mediooriental, bastaría las recientes y sucesivas declaraciones oficiales para convencerse de que tal política se asemeja a avanzar por la cuerda floja. No cabe esperar otra cosa, dado el menguado margen de manobra de que disponen los dirigentes norteamericanos cogidos entre el empuje de los intereses petrolíferos en el mundo árabe y los tirones de la poderosa comunidad judía de los Estados Unidos.

Considerando el más reciente pasado, hay que recordar las declaraciones que el Secretario de Estado, William Rogers, hizo a principios de diciembre pasado. El plan de paz expuesto entonces para el Oriente Medio apuntaba a la ecuanimidad, al basarse en una evacuación por Israel de los territorios ocupados en 1967, simultaneada con la aceptación de la paz por los países árabes. Tanto árabes como israelíes lo rechazaron desdeñosamente, y la U. R. S. S. dio la callada por respuesta cuando le fue presentado en el marco de las vanas conversaciones de los Cuatro en Nueva York.

Sólo tomando en cuenta que las declaraciones de Rogers se anticiparon en unos días a la Conferencia de Rabat, se explica esta modificación de la contumaz postura de Washington junto a Israel. Pudo pensarse entonces que de la cumbre árabe saldría un orden cerrado para luchar contra el enemigo común, lo cual podría traducirse en medidas perjudiciales para los intereses norteamericanos. De ahí que, con motivo del viaje a los Estados Unidos de Aba Eban a mediados de diciembre, Washington se mantuviera aún más tieso que en septiembre, cuando recibió a la primer ministro Golda Meir. Esta había regresado a Tel-Aviv, exhalando amargura por no haber conseguido los créditos solicitados ni tampoco una promesa de suministro bélico.

El fracaso de la Conferencia de Rabat alteró el panorama. La venta a Libia por Francia de aviones «Mirage» ha surgido como un excelente pretexto para que el presidente Nixon, en el Congreso de la Organización judía, celebrado en enero, y, días después, en declaración a la Prensa, inclinara el balancín del lado de Israel, prometiendo facilitarle el armamento necesario para mantener el equilibrio de fuerzas en el Oriente Medio.

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

Se ha atribuido este brusco viraje a la perspectiva de las elecciones presidenciales de 1972. El mes y medio transcurrido entre la declaración de Rogers y las de Nixon no aparece como tiempo suficiente para hacer acuciante tal preocupación. En cambio, sí puede serlo la acelerada inflación y amenaza de recesión en Estados Unidos, que las medidas fiscales del pasado diciembre han tratado de prevenir, sin gran éxito. Para el mes de enero se calcula que los precios han subido en un 8,4 por 100, mientras se produce una deflación bursátil, y grandes empresas norteamericanas, como General Motors, Chrysler y Ford en particular, se disponen a despidos masivos. En tales circunstancias, y con las elecciones para el Congreso a la vista, un acercamiento a la alta finanza, ampliamente dominada por los judíos norteamericanos, es medida prudente, aunque pudiera afectar al otro poderoso grupo de los Estados Unidos: el petrolífero. Porque incluso los países árabes, que se considera moderados, están echando su cuarto a espadas en la lucha. La presencia de tropas sauditas, combatiendo en el Jordán junto al ejército jordano y los guerrilleros de Al-Fatah y la solicitud de armas presentada por el rey Hussein a la U. R. S. S., sugieren que los dirigentes de tales países no pueden o no podrán ir contra su opinión pública, cada vez más volcada en contra de Israel y de sus valedores.

LOS PROBLEMAS ECONOMICOS SOVIETICOS

La habitual reserva de la U. R. S. S., en cuanto a sus asuntos internos, ha hecho que sólo a base de deducciones se haya podido hablar hasta fecha reciente de sus dificultades económicas. Sin embargo, es indudable que habían sido expuestas sin ambages ante el Comité Central, reunido a mediados del pasado diciembre, sin que esta vez, por cierto, se hiciera público el acostumbrado comunicado final. Tan sólo en enero, *Pravda* abordó el tema de los problemas económicos soviéticos. Era acaso una preparación del terreno para la publicación del informe de Breznev sobre este espinoso asunto. Espinoso, porque si los problemas económicos son el máximo tormento a que se ven sometidos los dirigentes del mundo, ¿qué no será para los dirigentes de países socialistas? En ellos, la existencia de baches económicos echa por tierra la perentoria afirmación, base fundamental de su propaganda, de que el marxismo-leninismo supera las contradicciones que, en razón de sus estructuras, se dan en las sociedades capitalistas y que se traducen en crisis periódicas, en paro, en exceso o en carencia de producción, que tanto para el marxismo como para el capitalismo es la piedra de toque de todo progreso humano.

El informe de Breznev señala en particular que el crecimiento industrial soviético, que durante años se ha situado alrededor del 10 por 100, ha caído a un 7 por 100. ¿Puede achacarse este descenso al fracaso de las reformas aplicadas en 1965 y aparentemente patrocinadas por Kosiguin? De hecho, tales reformas se impusieron para enderezar una economía que llevaba un rumbo desaceratado, siendo éste uno de los motivos de la caída de Jrushev. Además, dado el carácter colegiado de la dirección soviética, no puede hablarse de «reformas Kosiguin». Las que presentó fueron retocadas, enmendadas y pulidas, hasta ser una solución de compromiso entre su tendencia reformista y un tanto liberalizadora y la tendencia representada por Breznev, estrechamente ceñi-

LIUDPRANDO

da a la ortodoxia marxista-leninista y a sus minuciosos controles de la aplicación de los planes.

Tal vez por ser híbridas, las reformas de 1965 tienden a atascar la economía soviética, ya que en el 80 por 100 de las empresas no se ha logrado el resultado que se esperaba, aun tomando en cuenta que las altas cifras de las primeras etapas de un desarrollo industrial se ven seguidas de otras en que la economía parece marcar el paso. ¿Ha alcanzado estas últimas la bien lubricada y enorme máquina de la economía soviética? El pasar del tiempo, ¿ha invalidado ciertos dogmas por los que se ha venido rigiendo la economía de la U. R. S. S., en particular el del crecimiento indefinido de la producción de actuarse debidamente sobre las condiciones de esa producción? O bien, los enormes progresos técnicos de estos últimos años, ¿causan impacto en ese país como en los demás?

No cabe aconsejar a la fortaleza del socialismo, ni a los países socialistas embarcados con ella en la nave del COMECON, que busquen luces y soluciones del lado de la fortaleza del capitalismo, o sea, los Estados Unidos. Su situación económica se ve dominada por la inflación y la amenaza de recesión, fenómenos que no son tan antagónicos como parece a primera vista. Y ello se produce a pesar de las medidas fiscales adoptadas con energía en diciembre y también a pesar del presupuesto presentado por el presidente Nixon, ciertamente equilibrado, pero que alcanza la nunca alcanzada y fabulosa cifra de 200.800 millones de dólares.

LAS CONVERSACIONES GERMANO-POLACAS

Los sondeos o conversaciones iniciadas en Varsovia el 5 de febrero entre la República Federal y el Gobierno polaco no son resultado de la política de apertura al Este del Canciller Brandt. El proyecto de negociaciones polaco-germanas lo formuló el pasado 17 de mayo el presidente Gomulka, con motivo de la visita a Polonia del alcalde de Berlín Oeste, Klaus Schütz. Gomulka dijo entonces que la cuestión fronteriza en litigio era menos importante que el orden y la paz en Europa. Fue una afirmación lenitiva. No bien el representante de la República Federal, Ferdinand Duckwitz, les tomó el pulso a los interlocutores polacos, se evidenció que el acuerdo previo, en cuanto a los elementos del contencioso germano-polaco, se convertía en desacuerdo, llegada la hora de considerar tales elementos, conforme a un orden de prioridad. El tratado bilateral de no agresión, punto de partida de las propuestas de Bonn, Varsovia lo supedita a la renuncia por la Alemania Federal de las provincias del Este y al reconocimiento sin equívocos de la frontera Oder-Neisse, sin que la aceptación de estas exigencias suponga la reanudación inmediata de relaciones diplomáticas normales entre los dos países. Bonn ha alegado que tal frontera está fuera de sus límites territoriales y ha propuesto reconocerla hasta la firma de un tratado de paz en Europa. Pero Varsovia no admite un reconocimiento limitado en el tiempo y ha aconsejado a Bonn que consulte con sus aliados.

Ciertamente, las conversaciones no se han interrumpido y se prevé su reanudación en marzo. Con todo, el mero desbrozar el terreno para iniciar las verdaderas negociaciones, muestra qué difícil será para Bonn avanzar en lo po-

lítico, e incluso lo económico en dirección al Este, sin pasar por las horcas caudinas minuciosamente alzadas por los antiguos enemigos del III Reich, aunque el Canciller Brandt haya sido declarado adversario de ese III Reich. Pero cabe preguntarse si las declaraciones que éste hizo el 24 de octubre al estrenarse en el poder y en las que admitía implícitamente el *statu quo* en Europa, ello para impulsar el acercamiento al Este y no entorpecer la celebración de la Conferencia de la Seguridad europea, tan deseada por Moscú, no han incitado a Polonia a un endurecimiento táctico de sus exigencias. Hace unos meses, la conveniencia polaca de desarrollar las relaciones comerciales con la República Federal y conseguir créditos hacía más favorables las perspectivas de negociaciones germano-polacas.

Las dificultades con que ha tropezado Egon Bahr en Moscú en las conversaciones preliminares iniciadas el 28 de enero, están en una parecida línea de endurecimiento. Gromyko ha dicho, sin rodeos, que la República Federal ha de «admitir las realidades que se derivan de la derrota nazi», o sea, reconocer todas las fronteras existentes en Europa, declarar nulos los acuerdos de Munich, reconocer la República Federal, aceptar el estatuto especial de Berlín y renunciar definitivamente a dotarse del arma nuclear. Por lo demás, tales han sido los puntos básicos de lo tratado en Moscú, paralelamente a las conversaciones de Varsovia.

Encuadrado entre Moscú y Varsovia, y con un observador tan atento a sus movimientos como la República Democrática, ante una maniobra combinada, el Canciller Brandt habrá de avenirse a concesiones si se niega a reanudar la política que con relación al Este mantuvo durante veinte años la democracia cristiana. El hecho de que, tanto Moscú como Varsovia den múltiples señales de su decidido empeño de proseguir el diálogo con Bonn, sugiere que no estiman posible que el Canciller Brandt y su equipo se vuelva atrás en el camino aperturista, aunque no logren evitar todos sus baches.

LAS ORGANIZACIONES GUERRILLERAS ARABES

Lo mismo que en noviembre de 1968, con motivo de una crisis que casi dio al traste con la monarquía hachemita, en la primera quincena de febrero, el rey Hussein ha tenido que retroceder ante las organizaciones palestinas. No cabía otra salida más airosa, dada la negativa rotunda de diez de aquellas organizaciones guerrilleras a acatar las once disposiciones adoptadas por el monarca y su Gobierno para limitar la libertad de acción bélica y política de grupos armados afincados en territorio jordano.

Después de los choques sangrientos habidos el 12 de febrero entre el ejército jordano y los guerrilleros, el rey Hussein ha tratado de justificar públicamente su nueva conciliadora postura. Sus explicaciones han pregonado la embarazosa situación en que se halla el animoso monarca, zarandeado por intereses escasamente beneficiosos para su país y víctima de intrigas políticas que apuntan a derrocar la dinastía hachemita. Al decir, aludiendo a los *fedayin*, «su poder o el nuestro, es el mismo poder», Hussein ha renunciado a defender la soberanía de Jordania, como se lo proponía. De otra parte, el posterior cambio de Gobierno muestra con un ejemplo práctico que el poder en Jordania resulta cuando menos compartido, a fuerza de mediatizar la autoridad real la resistencia palestina.

LIUDPRANDO

El hecho es grave, por cuanto la defensa de la soberanía nacional, puesta en solfa por los guerrilleros, es problema que no interesa sólo a Jordania y al Líbano, en cuyos territorios están preferentemente estacionados. También afecta a Egipto, si bien más por la influencia que los guerrilleros ejercen en la opinión popular que por su presencia física en suelo egipcio. Por ello no parece pura casualidad que el rey Hussein adoptara medidas restrictivas de la libertad de acción de los guerrilleros tan pronto como regresó de la conferencia de países fronterizos con Israel, que finalizó en El Cairo el 9 de febrero. Todo sugiere un previo acuerdo con el presidente Nasser para integrar en el esfuerzo militar coordinado, decidido en esa conferencia, una actividad guerrillera que se lleva a cabo sin otro control que las decisiones de cada organización y que, además, no se limita al ámbito bélico, pues esas organizaciones están más o menos politizadas. Basta recordar a este respecto la reacción popular libanesa del pasado octubre, de claro matiz antigubernamental, para calibrar la importancia de la influencia de que goza la resistencia palestina en los países árabes a nivel de gobernados. Es tal que los Gobiernos corren el riesgo de verse desbordados por sus respectivas masas populares. Y, descartada la solución política por la negativa de Israel a retirarse de los territorios ocupados, esos Gobiernos pueden verse arrastrados al nuevo conflicto armado que preconizan los palestinos con el nombre de guerra revolucionaria. En las condiciones actuales de preparación militar árabe, semejante conflicto podría tener consecuencias funestas para el mundo árabe.

La delicada situación que la resistencia palestina crea en Jordania y el Líbano, no deja de complicarla la oposición siria a Gobiernos que estima conservadores, aparte del viejo pleito de reunificación que desde hace años Damasco le plantea a Beirut. De ahí que tanto en la crisis del Líbano del año pasado como en la reciente de Jordania, Siria se haya puesto incondicionalmente al lado de los guerrilleros susceptibles, con el apoyo del pueblo ganado a su causa, de dar paso en esos dos países a Gobiernos de tendencia llamada progresista. No obstante, Siria tiene metidas en cintura las escasas organizaciones palestinas que alberga en su territorio. Pero en política, es bien sabido, la popular ley del embudo tiene múltiples ocasiones de practicarse.

LAS REBELIONES DEL CHAD

El Gobierno de Libia ha comunicado su decisión de suspender la ayuda que viene prestando a la rebelión de la República del Chad, cuya dirección teórica está instalada en Trípoli. De cumplirse tal decisión cabría decir que Francia ha logrado uno de los objetivos políticos perseguidos a través de la venta a ese país árabe de aviones y tanques: privar a la guerrilla chadiana del apoyo exterior sin el que no subsisten las guerrillas.

Sin ser grave el problema, la agitación existente en el Chad desde hace cinco años no ha dejado de preocupar a Francia, afanada en el mantenimiento del orden y en el desarrollo económico del sector del Africa negra que fuera en tiempos parte de su imperio colonial. En él no se ha desvanecido su presencia después de la independencia global concedida en 1960 por el general De Gaulle.

Las fronteras comunes—y forzosamente permeables—del Chad con otras tres repúblicas africanas hacen correr el riesgo de una propagación subversiva, de no acogotarse sin más demoras la rebelión del Norte y del Este, que por ahora carece de matiz ideológico o político definido. Se impone como una reacción espontánea y defensiva de las poblaciones musulmanas y araboides de aquellas regiones, debido por partes iguales al Gobierno de los negros y al desconcierto administrativo que, entre otros fallos, tuvo el de que celosos recaudadores de contribuciones las cobraran dos, tres y hasta cuatro veces en un año. La espontaneidad de la rebelión explica la diversidad de los movimientos contra el Gobierno de Fort-Lamy. El grupo de Trípoli no representa en realidad lo que ha de llamarse «las rebeliones» del Chad, si bien se esfuerza, de una parte, en armarlas y extenderlas, y, de otra, en unificarlas hasta lograr un movimiento coherente nacionalista, extremo éste no conseguido, aun cuando el suministro de armas desde Libia haya sido efectivo, como han podido comprobarlo las tropas francesas presentes en el Chad.

Porque con su raquítrico ejército de unos 3.500 hombres para controlar un territorio extenso como unas tres veces la España peninsular, el Gobierno de Tombalbaye ha recurrido a Francia para mantener su autoridad. Lo ha hecho de conformidad con los acuerdos de cooperación militar suscritos a raíz de la independencia. Y en agosto de 1968, Francia envió fuerzas armadas, concretamente legionarios, advirtiendo que se trataba de una ayuda por tiempo limitado. Con todo, hace unos meses, la permanencia en Africa de este cuerpo expedicionario, sobre el que mantiene un discreto silencio el Gobierno francés, fue objeto de una violenta interpelación en la Cámara. Ha sido acaso un toque de atención para que el Gobierno trate de poner término a una subversión localizada, pero no dominada, pese al optimismo oficial de Michel Debré, quien declaró en septiembre de 1968: «Las tropas no han tenido que combatir. Su presencia ha sido suficiente para que cesen las dificultades militares.» La realidad es que la pacificación se persigue y se prosigue por la vía militar y también en el ámbito de la administración, reorganizada y depurada para convertirla en instrumento de gobierno eficaz y honesto.

Privada de su máximo apoyo exterior, la rebelión podría aplacarse. Ello permitiría a Francia abrigar la esperanza de mantener al Africa de habla francesa a salvo de contagios, inevitables de perdurar el foco chadiano, al que no dejarían de interesarse los mensajeros de la libertad y la justicia soltados en el vecino continente por Moscú o Pekín en busca de bases operativas. Por su situación geográfica en el centro del Africa negra, la República del Chad es lugar ideal para tal objeto. De ahí los esfuerzos franceses para fortalecer la autoridad del Gobierno de Fort-Lamy.

LA SITUACION EN LAOS

Las llamaradas de la guerra del Vietnam deslumbran la atención mundial y le impiden un tanto ver que Laos amenaza a su vez con arder por los cuatro costados, y, seguidamente, acaso Tailandia. Sin embargo, el conflicto vietnamita y la lucha entre el Gobierno de Suvana Fuma y el Pathet Lao son dos fenómenos paralelos, y desde hace años Laos está implicado en la guerra, aunque los dirigentes norteamericanos se esfuerzan en disimularlo. Esta im-

LIUDPRANDO

plicación también se dio durante la guerra que Francia sostuvo en esos territorios contra las huestes de Ho Chi Minh. Con el apoyo del Pathet Lao, rama del partido comunista del Vietnam del Norte, la infiltración vietminh, procedente de Laos, llegó a tales extremos que, para cortarla, el mando galo estableció la base de Dien Bien Fu, cerca de la frontera de aquel país. Su caída en manos del enemigo en 1954 puso término a la presencia francesa en la península de Indochina. Aunque la Historia no se repite puntualmente, es de consignar que el valle del Mekong, o sea Laos, es tradicional vía de penetración de los invasores del Norte. De otra parte, ampliar el teatro de operaciones, incluyendo en él a Laos, fue plan estratégico del general Giap para derrotar a Francia. Entonces se construyó la pista Ho Chi Minh, todavía existente, que, partiendo de Vietnam del Norte, penetra en Vietnam del Sur, entre los paralelos 14 y 15, después de discurrir por Laos y rozar Camboya.

Tanto como apoyar la acción defensiva del Gobierno de Suvana Fuma, los bombardeos intensivos de los «B-52» han perseguido el objetivo de cortar esa pista, pulmón del F. L. N. El objetivo es difícil de lograr, pues la famosa pista comprende de 20 a 30 veredas, pero en caso de éxito es posible que se modificasen los términos del problema militar del Vietnam del Sur. Entre tanto, el Pathet Lao y las tropas norvietnamitas que lo refuerzan, después de conquistar la llanura de los Jarros a finales de febrero, han seguido avanzando por Laos y amenazan a Vientian y Luang Prabang. Todo indica que el general Giap ha decidido ensanchar el frente de combate, como antaño lo hiciera en la guerra contra Francia con incuestionable éxito. Las estancadas negociaciones de París y los propósitos del presidente Nixon de alejar militarmente a Estados Unidos del avispado asiático hacen que la posibilidad de alcanzar una solución del largo conflicto en el terreno militar tal vez haya sido considerada en Hanoi. De ahí el esfuerzo para convertir a Laos en base operativa contra Vietnam del Sur.

Sin embargo, teóricamente, los acuerdos de Ginebra de julio de 1962 han apartado a Laos de la guerra del Vietnam y resuelto el problema interior mediante un Gobierno de coalición. Al pasarse a la oposición armada a finales de 1962 el Pathet Lao, se desvaneció el mito de la reconciliación, a un tiempo que se reanudaron los combates y las escaramuzas, lo cual obligó a Suvanna Fuma a pedir a los Estados Unidos un apoyo informal, pero efectivo. ¿Puede salvar a Laos esta alianza de hecho? Actualmente, el territorio dominado por las fuerzas gubernamentales es un tercio del país, encajonado entre el Norte y el Este, fronterizo con los dos Vietnams y en poder del Pathet Lao, y el Noroeste de Tailandia, donde la guerra subversiva chisporrotea. Los éxitos del Pathet Lao, que no se han interrumpido a la hora de redactar, no brindan perspectivas optimistas a este respecto. De otra parte, si es ineludible condición de seguridad para Vietnam del Sur que el enemigo no domine el valle del Mekong, una victoria del Pathet Lao, que es tanto como decir Vietnam del Norte, al poner en manos de los comunistas la baza del Laos, haría imposible el éxito de la política de «vietnamización» puesta en marcha por el presidente Nixon.

LIUDPRANDO.